

FRANCISCO WALKER LINARES

## LA CULTURA FRANCESA EN CHILE

---

LA INFLUENCIA del espíritu de Francia ha sido inmensa en Chile, y en general en toda la América Latina. Debemos a la cultura de aquel país mucho más que a cualquiera otra, de tal suerte que las naciones americanas de habla hispana están intelectualmente más cerca de Francia que de España, no obstante la comunidad del idioma con este último país. Existen asimismo motivos sentimentales que nos unen a la tierra de la libertad, cuya vida amable y grata irradia un encanto indefinible e íntimo. Pudo aquilatarse la intensidad de los lazos que nos vinculan a Francia en los aciagos días de junio de 1940; la toma de París fue para nosotros un golpe dolorosísimo, sentimos como un desgarramiento, pues ni siquiera podíamos imaginar que la ciudad de nuestros ensueños, que considerábamos como algo propio, cayera en poder de los invasores. En cambio, la liberación de París, en agosto de 1944, fue causa de regocijo, renaciendo la fe en la latinidad y en sus destinos, personificados en la Ciudad Luz.

Nuestros países nacieron a la vida independiente y republicana bajo el signo de las ideas democráticas francesas; la emancipación política de las antiguas colonias españolas se debe en gran parte a las doctrinas propagadas por los filósofos y enciclopedistas franceses del siglo XVIII, de quienes las obras circulaban clandestinamente en América hispana, como también a los principios sustentados por la Gran Revolución de 1789; se organizó al Estado y a la administración pública en las nuevas naciones, adoptando el modelo francés, y aun algunos de nuestros propios partidos políticos, hasta en sus defectos, guardan analogía con los de Francia.

El derecho chileno, y de casi toda la América Latina, se inspira en el francés. El derecho de vieja semilla romana ha florecido en Francia, y desde allí, transformado en un árbol frondoso, ha extendido sus ramas a través del mundo, en especial en nuestra América. En estas

naciones, geográficamente tan alejadas de Francia, las instituciones jurídicas de ese país han alcanzado una influencia preponderante que se manifiesta en la legislación, particularmente en la civil, en las resoluciones de los tribunales de justicia, en la enseñanza del derecho. El Código Napoleón de 1804 fue el inspirador de los primeros códigos civiles latinoamericanos. En Chile, el ilustre venezolano don Andrés Bello, sin copiarlo, supo trasladar varias de sus instituciones fundamentales, con realismo e independencia, al medio ambiente local. El Código Civil chileno de 1855, cuyo centenario se festejó hace pocos años, y que Bello redactara con metódica claridad y en el estilo impecable que caracterizaba al hombre de letras y al gramático, fue adoptado en varios países de la América hispana, de manera que el derecho francés pudo propagarse por nuestro continente por la vía del código de Chile. En el Mensaje del Código Civil hay referencias a materias en las cuales se sigue al Código Napoleón; sin embargo, en otros puntos se aparta del sistema francés siguiéndose viejas tradiciones españolas coloniales; ello comprueba, por lo tanto, que no se copió al cuerpo de leyes napoleónico. En otras ramas del derecho chileno, la huella francesa está menos marcada; el Derecho Comercial ha recibido una menor influencia francesa, el Derecho Procesal arranca de fuentes españolas, pero el recurso de casación es de origen francés; la organización de los tribunales, y los servicios administrativos se han modelado en parte en instituciones de Francia, como también ciertos regímenes tributarios. En cuanto al Derecho del Trabajo chileno, si bien es de inspiración internacional, ha tenido una notable influencia francesa en su doctrina y en la legislación de accidentes del trabajo y de asignaciones familiares. Como consecuencia de este aporte francés, acontece que en un sector considerable del derecho, la jurisprudencia y la doctrina siguen muy a menudo en Chile sendas francesas. En nuestros tribunales se señalan con frecuencia los fallos concisos y certeros de la Corte de Casación de Francia, y ante sus estrados, los abogados ilustran sus alegatos con las citas de los maestros franceses.

La Universidad de Chile es de tipo francés en su estructura; así fue organizada cuando se la fundó en 1842; varias de las universidades particulares creadas posteriormente en el país se han modelado en las de Francia. Como es lógico, la corriente francesa domina en la orientación de los estudios jurídicos; en los respectivos cursos universitarios, los profesores aluden a las opiniones de catedráticos franceses, y los nombres de Planiol, Baudry-Lacantinerie, Ripert, Démogue, Collin y Capitant, Josserand, Rouast, Julliot de la Morandiere, los hermanos Mazeaud, Lyon-Caen, Thaller, Duguit, Pic, Paul Durand, son familiares a nuestros estudiantes, quienes se ven obligados a consultar fre-

cuentemente sus obras; las bibliotecas de nuestros juristas abundan en obras y publicaciones francesas. Han sido muy útiles las visitas efectuadas a Chile por profesores de derecho público y privado de las universidades de Francia; es de lamentar que ellas hayan disminuido recientemente.

En el orden científico, el aporte de los franceses en Chile es muy importante y se hace sentir desde el comienzo de la vida republicana; ya en 1826, don José Miguel Infante entregaba la dirección del Instituto Nacional a Mr. Charles Lozier, geógrafo francés que el general Freire había hecho venir desde Buenos Aires para levantar un mapa de Chile; Lozier duró corto tiempo en sus funciones educacionales, porque se lo consideró demasiado audaz en las reformas que proyectaba. Otro geógrafo francés, Pissis, hizo un plano topográfico y geológico del país. Don Claudio Gay, llegado a Chile desde Francia en 1828, publicó entre 1849 y 1871, su *Historia Física y Política de Chile* en treinta volúmenes, producto de cuarenta años de trabajos continuados; lo que sobresale en esta magna obra es la parte relativa a la flora y a la fauna del país. Según don Francisco Encina, Gay fue más naturalista que historiador y se caracteriza por su erudición. La viticultura chilena debe mucho de su desarrollo y prestigio a técnicos franceses; cabe recordar al efecto al agrónomo Le Feuvre, profesor de la Universidad de Chile. El químico y naturalista Lavergne, maestro universitario, fundó la sección de Patología Vegetal. El astrónomo Obretch dirigió el Observatorio Astronómico Nacional.

La medicina chilena ha recibido la influencia francesa desde la época en que el doctor Lorenzo Sazie fue contratado en París para enseñar obstetricia en Santiago, inaugurando su cátedra en 1835, antes de la fundación de la Universidad de Chile; una vez fundada ésta, el doctor Sazie fue el primer Decano de su Facultad de Medicina. La enseñanza médica ha tenido en Chile una marcada inspiración francesa, y nuestros profesionales van con frecuencia a Francia, estando muy difundidos los tratados y publicaciones de medicina de ese país. A menudo, y con mayor frecuencia que en otras disciplinas, se reciben provechosas visitas de personalidades de la ciencia médica y quirúrgica de Francia.

Es preciso señalar la permanencia en Chile, entre 1855 y 1862, del economista francés Courcelle-Seneuil, destacado representante del liberalismo individualista tan difundido en la Europa de mediados del siglo XIX, quien, desde su cátedra de la Universidad de Chile, formó un grupo de discípulos, entre los que sobresale don Zorobabel Rodríguez, encauzándose por mucho tiempo la enseñanza de las ciencias

económicas en Chile dentro de las doctrinas del maestro francés. Courcelle-Seneuil escribió para sus alumnos chilenos un *Tratado de Economía*; a nuestro juicio su influencia fue perniciosa, pero sus teorías, ahora consideradas reaccionarias, eran las dominantes en su época. Hoy día las ciencias económicas en Chile están muy penetradas de la tendencia norteamericana.

Las grandes corrientes filosóficas francesas que alcanzan proyecciones mundiales, se hacen sentir también en Chile; ya se ha aludido a las ideas de los enciclopedistas del siglo XVIII, y a su acción en la gestación de la Independencia de América. En el XIX el positivismo de Augusto Comte se difunde mucho en América Latina, sobre todo en Brasil; son numerosos los positivistas chilenos, algunos de alto valer intelectual, como también los adeptos a la Religión de la Humanidad, destacándose entre ellos don Juan E. Lagarrigue; gran parte de la ciencia sociológica chilena durante un tiempo fue positivista; entre sus representantes recordaremos a don Valentín Letelier, filósofo de la educación, sociólogo y jurista. La filosofía de Bergson deja su huella en Chile y lo mismo ocurre con el existencialismo de J. P. Sartre, al cual se lo toma de moda con marcado snobismo en los años que siguieron a la última guerra; de igual modo se difunde el llamado existencialismo cristiano de Gabriel Marcel. El filósofo y pensador neotomista Jacques Maritain es el mentor de la democracia cristiana chilena; se polemiza alrededor de sus doctrinas, muy combatidas en algunos medios católicos reaccionarios. La difícil y a la vez apasionante obra del Padre Teilhard de Chardin comienza ya a ser estudiada en América Latina. Altos valores filosóficos chilenos como don Enrique Molina y don Pedro León Loyola, están muy cerca de la filosofía francesa.

En materia literaria, Francia nos ha influido desde que los nuevos Estados del continente emancipado empezaron a dar sus primeros pasos en las letras; a manera de repudio al espíritu español del coloniaje, los escritores criollos bebieron en fuentes francesas. El romanticismo que arraigó en la América Latina durante el siglo XIX es de inspiración primordialmente francesa, pudiendo considerarse que en la pasada centuria, Francia orientó la cultura de todas nuestras naciones. En Chile, el movimiento literario de 1842, que tanta trascendencia ha tenido en la vida intelectual del país, está impregnado en el espíritu francés; el escritor, ensayista y hombre público, don José Victorino Lastarria, en un célebre discurso pronunciado en la Sociedad Literaria, el 3 de mayo de 1842, se refiere con entusiasmo a lo que deberá recibirse en las letras francesas, "de esa literatura que sojuzga la civiliza-

ción moderna"; recomienda la lectura de "los escritos de los autores franceses de más nota en el día; no para que los copiéis y los trasladéis sin tino a vuestras obras, sino para que aprendáis de ellos a pensar, para que os empapéis de ese colorido filosófico que caracteriza su literatura, para que podáis seguir la nueva senda y tratéis al vivo la naturaleza". Los conceptos de Lastarria son el reflejo de la mentalidad de su época. La misma base francesa se encuentra en la obra revolucionaria de Francisco Bilbao, discípulo de los reformadores sociales y socialistas románticos franceses de la primera mitad del siglo XIX; semejante influencia recibió otro revolucionario chileno de aquellos tiempos, Santiago Arcos.

La gran transformación literaria que operan en Hispanoamérica, en los comienzos de la presente centuria, Rubén Darío y sus compañeros, mediante el movimiento llamado modernismo, se inicia en París, y se inspira principalmente en el simbolismo francés; desde las márgenes del Sena, se renuevan las letras y la poesía de la América Latina, incluso las de Chile, y aun el propio idioma castellano; de ese impulso dinámico, nace una auténtica literatura latinoamericana, con contornos definidos y originales, que se señala como un sector importante de la expresión del pensamiento universal. París fue un tiempo, hasta la guerra de 1914, la capital espiritual de nuestra América; allí se ponían en contacto intelectuales de los diversos países, quienes en el continente americano carecían de la ocasión para conocerse. La revista "Mundial", dirigida por Rubén Darío, y publicada en París antes de 1914, realizó una gran labor dentro del modernismo; algunas casas editoras parisienses, en especial Garnier, publicaron libros en español de autores latinoamericanos. Hubo colaboradores chilenos de Darío, entre los cuales cabe citar al poeta Francisco Contreras. Posteriormente, después de la primera guerra, otro poeta y hombre de letras chileno, Vicente Huidobro, ha escrito en francés poemas y libros de vanguardia; fue fundador de una audaz escuela poética, el creacionismo, y conquistó una situación en los medios literarios de renovación en París. Además de Huidobro ha habido en el siglo actual autores chilenos que escriben en francés; citaremos al efecto a la señora Inés Echeverría, que con el seudónimo de Iris publicó la novela *Entre deux mondes*.

Merece destacarse la obra realizada en Chile por el notable crítico francés, el Presbítero don Emilio Vaïsse, quien, bajo el seudónimo de Omer Emeth, desde las columnas del diario "El Mercurio", no sólo dio a conocer los maestros de su país, sino que también orientó y alentó con su fino espíritu crítico y su exquisito gusto, durante más

de treinta años en la primera mitad del presente siglo, a las letras y a muchos escritores nacionales, sin incitarlos en modo alguno a copiar lo francés. La cultura francesa en Chile y la cultura local chilena tienen una inmensa deuda de gratitud hacia Omer Emeth. Entre los actuales escritores chilenos poseen muchos de los rasgos de la mentalidad francesa, Salvador Reyes, Benjamín Subercaseaux y el refinado y sutil crítico "Alone", Hernán Díaz Arrieta, especie de un Sainte Beuve chileno, y gran admirador de la producción literaria de Francia.

El conocimiento de la literatura francesa en sus diferentes géneros ha sido general en los medios cultivados de Iberoamérica; se está al día respecto a las más nuevas y revolucionarias tendencias, como el surrealismo, el dadaísmo, el existencialismo, el vanguardismo, el anti-teatro el "nouveau roman", etc. Se leen más libros franceses que de otras nacionalidades, y se los comenta en toda clase de círculos; la afinidad espiritual con el pensamiento y la expresión de Francia es enorme. Además de los libros han tenido gran difusión las revistas francesas de toda índole, ilustradas, literarias, femeninas, científicas, jurídicas, médicas, etc.; es indiscutible que gozan de la predilección del público; bastante difundidos están también los textos didácticos para la enseñanza media y universitaria. Desgraciadamente en la actualidad, por razones económicas, medidas financieras y cambiarias, alto precio de los libros, escaso valor adquisitivo de la moneda chilena, existen dificultades para la importación de libros y publicaciones, todo lo cual redundará en un serio peligro para la presencia de la cultura francesa en Chile.

Muy beneficiosas han sido para nuestro país las visitas de escritores, hombres de ciencias y universitarios franceses, quienes han dictado conferencias y cursos breves con notable éxito; sin embargo, es necesario que vengan con mayor frecuencia, su misión es indispensable para mantener en los círculos cultivados y en los centros docentes y científicos el interés por las creaciones del pensamiento de Francia; no sólo son convenientes las giras de especialistas y profesores, sino también las de escritores y de personalidades que puedan dirigirse al público culto en general. Como ya lo expresamos, estas visitas han disminuido en los últimos años.

En las artes plásticas la acción de Francia en Chile se hace sentir desde la primera mitad del siglo XIX. En la historia de la pintura chilena, la llegada al país en 1843 del pintor francés Raymond Monvoisin, significó un acontecimiento de importancia. Fue como dice Guillermo Feliú, el retratista de una sociedad; durante los once años que

permaneció en Chile, hizo entre 300 y 500 retratos, o sea, una iconografía de la aristocracia de entonces; Monvoisin bosquejaba los retratos, pintaba las cabezas, el resto lo hacía Clara Filleut, joven pintora francesa, su asociada; sus discípulos fueron muchos, y su influencia artística ha sido considerable en una época en que la pintura nacional se hallaba aún en ciernes. Otro pintor francés, establecido en Chile, Mr. Richon-Brunet, fue durante los comienzos de la presente centuria un acertado crítico de arte; Mr. Ernest Courtois-Bonnencontre, fallecido en 1955, también pintor francés, enseñó largo tiempo como profesor en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile. Nuestros artistas van a París en busca de orientación y de perfeccionamiento; tuvo una enorme trascendencia para las artes plásticas nacionales el envío en 1928 a esa ciudad de un selecto equipo de pintores. Montmartre, Montparnasse y más tarde Saint Germain-des-Près han sido la meta de los artistas, y todas las nuevas tendencias y escuelas, cubistas, surrealistas, fauvistas, expresionistas, abstractas, Ecole de París, etc., repercuten en los ambientes latinoamericanos a través de París. Pudo apreciarse de cómo lo francés se ha adentrado en los mejores pintores chilenos contemporáneos en dos exposiciones de cuadros de autores chilenos sobre temas franceses, realizadas bajo los auspicios del Instituto Chileno-Francés de Cultura. En la actualidad hay artistas chilenos que triunfan en París; tal es el caso del pintor Matta; Raimundo Larraín goza de renombre como decorador de famosos ballets parisienses. En el campo nacional la influencia de Debussy se ha hecho sentir en Chile en compositores como Alfonso Leng, según él mismo lo ha declarado.

El aporte francés en la arquitectura chilena durante el siglo XIX es considerable; desde la cuarta década de ese siglo llegan a Chile de Francia arquitectos que construyen edificios públicos y residencias de familias opulentas de la aristocracia de Santiago<sup>1</sup>; entre ellos pueden citarse los siguientes nombres: Mr. Pierre Dejean, llegado en 1837, autor de un libro, *Vistas de los principales edificios de Santiago de Chile*, aparecido en 1838; Mr. Jean Herbage, venido en 1840, que confecciona algunos planos, pero cuya obra carece de valor estético; Mr. Claude Francois Brunet Debaines, contratado en 1848, se ocupa de la enseñanza de las Bellas Artes, edifica en estilo clásico varias mansiones de grandes familias; Mr. Lucien Ambroise Henaut, llegado en 1857, construye el palacio del Congreso Nacional, e inicia la edi-

<sup>1</sup>Véase sobre el particular el artículo del Profesor Eugenio Pereira Salas, "La Arquitectura chilena en el si-

glo XIX". Anales de la Universidad de Chile, Núm. 102, Segundo Semestre de 1956.

ficación de la Universidad de Chile, que termina Fermín Vivaceta; Mr. Paul Lathoud, llega al país poco antes de 1875, y su obra principal es el Palacio Cousiño. Con posterioridad han venido a Chile otros arquitectos franceses.

Debemos señalar de una manera especial las temporadas teatrales francesas en Chile, que han dejado gratísimos recuerdos y producido excelentes resultados en el orden cultural. La gira triunfal de Sarah Bernarhd hace más de setenta y cinco años, fue un acontecimiento memorable y hasta motivó el escándalo en ciertos medios con resabios de coloniaje. En la época que precedió a 1914, y después de la Primera Guerra Mundial, las visitas de las compañías dramáticas francesas eran frecuentes, se realizaba casi todos los años; entonces actuaron en nuestro país artistas eminentes, como Lucien Guitry, André Brulé, Lugné-Poe, Susanne Desprès, Huguenet, Germaine Dermo, Vera Sergine, Victor Francen. Durante la segunda guerra la presencia de Louis Jouvet en Chile y en diversos países de la América Latina, fue verdaderamente milagrosa para mantener encendido el fuego sagrado de la cultura francesa en los trágicos tiempos en que los lazos con Francia estaban cortados; Jouvet dio a conocer entre nosotros el teatro de Jean Giraudoux, de Jules Romains, de Paul Claudel. Con posterioridad a 1945 cabe recordar las giras de las compañías de Jean Marchant, Marie Bell, Henri Rollan, y sobre todo la de Jean-Louis Barrault y Madeleine Renaud en 1954, cuyo éxito fue extraordinario por la calidad del repertorio, la perfección de los intérpretes y la impecable presentación. Han sido también espléndidas las visitas de los conjuntos del Teatro Nacional Popular, T. N. P., dirigido por Jean Vilar, en 1957, y de la Comedia Francesa, que vino por primera vez a Chile en 1959.

Hay un vivo interés en Chile por conocer el teatro francés de todas las épocas, y muy particularmente el actual, incluso el vanguardista; por tal motivo el autor de este artículo ha publicado un libro de simple divulgación, que se titula *Breve estudio sobre el teatro francés contemporáneo*<sup>1</sup>. En Santiago y en otras ciudades de Chile se presentan frecuentemente con mucho éxito piezas francesas, ya sea en traducciones castellanas o en su idioma original. Merece destacarse la valiosa labor artística desarrollada por dos grupos universitarios, el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, hoy Instituto del Teatro y el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica

<sup>1</sup>Francisco Walker Linares, "Breve estudio sobre el Teatro francés contemporáneo", segunda edición, San-

tiago de Chile, 1963. Editorial El Pacífico, S. A.

de Chile; en sus repertorios figuran farsas de la Edad Media, obras de Molière, Labiche, Giraudoux, Claudel, Anouilh, Robles, Obey, Maulnier, Ghéon, Ionesco. El Instituto Chileno-Francés de Santiago, por su parte, ha auspiciado representaciones de Merimée, Courteline, Montherlant, Cocteau, Salacrou, Roussin y vanguardistas como Ionesco, Beckett, Tardieu, varias de ellas dadas en francés. El Instituto Chileno-Francés de Valparaíso ha patrocinado igualmente piezas francesas. Comedias ligeras parisienses se presentan en traducciones españolas por varias compañías nacionales. El gobierno de Francia ha concedido numerosas becas a directores teatrales, a actores y a actrices chilenos para realizar estudios de teatro en ese país; ello ha sido sumamente provechoso para la difusión de la producción dramática francesa en Chile.

La educación secundaria chilena debe muchísimo a Francia; diversas congregaciones religiosas francesas mantienen colegios y escuelas de sólido prestigio, donde varias generaciones de alumnos han aprendido, no sólo el idioma francés, sino también a amar a Francia; es sensible que por falta de personal francés, algunos de estos colegios estén perdiendo su carácter auténticamente francés. Conviene subrayar la beneficiosa influencia que los sacerdotes y religiosos franceses han ejercido sobre el catolicismo chileno. La Alianza Francesa efectúa en Chile una labor notable; su gran Liceo de Santiago, instalado en un espléndido edificio, que inauguró en 1959 el Ministro de Asuntos Culturales de Francia, André Malraux, es un establecimiento educacional de primer orden; hay también colegios de la Alianza en Concepción, Osorno, Traiguén, Curicó.

Los institutos chileno-franceses de cultura han desarrollado una vasta labor desinteresada de difusión del idioma y de los valores intelectuales de Francia. El Instituto de Santiago, instalado en un magnífico local en el centro de la ciudad, cuenta con más de 1.300 alumnos; sus 55 cursos abarcan desde la enseñanza del francés en todos sus grados, hasta el estudio en un nivel superior de materias relacionadas con la literatura y la civilización francesa; varios de sus profesores, diplomados en universidades de Francia, han sido enviados por el gobierno de esa nación, el cual presta una importante ayuda financiera al Instituto. Entre las numerosas actividades de la Corporación indicaremos las conferencias, las exposiciones, las exhibiciones cinematográficas, los conciertos, la organización de un grupo teatral; tiene, asimismo, una biblioteca muy al día en sus libros y publicaciones. El Instituto de Valparaíso, con más de 400 alumnos, despliega actividades análogas; hay también institutos en otras ciudades como Concepción, Osorno, La Serena, Curicó.

El otorgamiento de becas por parte del gobierno de Francia para profesionales y artistas de Chile ha contribuido eficazmente a intensificar los lazos culturales entre ambos países; las becas destinadas a efectuar estudios de perfeccionamiento en Francia, se conceden con la máxima seriedad, a base de concursos públicos, y en el jurado respectivo está representado el Instituto Chileno-Francés de Cultura; hay, además, becas especiales para técnicos. En 1963, se otorgaron en total alrededor de 40 becas para chilenos. Los antiguos becarios han constituido una "Asociación Universitaria Chileno-Francesa".

En nuestra concepción de la vida, en nuestra manera de apreciar los acontecimientos, en nuestras costumbres familiares, hay muchos reflejos de Francia. El refinamiento de las gentes educadas y cultas en toda la América Latina tiene, en gran parte, origen francés; testimonio de ello, son los mobiliarios de los salones, los objetos que los adornan, los libros de las bibliotecas, el régimen, la distribución y los menús de las comidas. En la distinción y en la elegancia de las mujeres iberoamericanas hay una marcada inspiración parisiense. Nos sentimos espontáneamente atraídos por el espíritu francés a causa de su claridad y de su mesura, y de su facilidad para captar y expresar las ideas, sirviéndose de ese maravilloso instrumento que es su idioma, preciso a la vez que armonioso. La enseñanza de la lengua francesa ha gozado de una situación preponderante en la educación secundaria; sin embargo, ahora comienza a estar amenazada por motivos prácticos, existiendo en las nuevas generaciones una tendencia a preferir el inglés; es indispensable, pues, defender por razones culturales, de humanismo y de latinidad, el estudio del francés en igual plano que el del inglés, por cuanto los dos idiomas son necesarios.

Los vínculos que nos unen a Francia débense, en parte, a la fascinación de París; su imagen se mantiene siempre en nuestra mente, y cuando estamos lejos de la ciudad encantadora, sentimos ese "cafard" indefinible, aquella nostalgia que no es posible curar, sino volviendo a París. La aureola legendaria parisiense, en la que se mezclan la poesía, la literatura, la tradición histórica, la rebeldía revolucionaria, el bohemio romántico, la gracia femenina, el arte de la moda, es uno de los más sólidos fundamentos del prestigio de Francia en la América nuestra.

Queremos insistir en que la influencia cultural no significa plagio ni copia servil, no siendo incompatible en modo alguno con la creación propia y original; no es dable concebir, especialmente en nuestros tiempos universalistas, culturas aisladas y herméticas. Ciertas culturas a causa de determinadas condiciones espirituales o por analogía

de orientaciones, influyen preferentemente sobre otras, creando entre sí lazos bastante estrechos. Tal es el caso de la cultura francesa en América Latina; la acción de Francia en este continente se ha hecho sentir de una manera espontánea; está desprovista de toda especie de imperialismo, jamás ha pretendido imponer su cultura. Su influencia tampoco ha sido exclusiva, pues otras influencias culturales extranjeras, como la española, la inglesa, la alemana, la italiana, la norteamericana, se han proyectado en estas naciones jóvenes, abiertas sin prejuicios a todas las corrientes del pensamiento, cualquiera que sea su origen.

Terminamos este breve estudio afirmando que estamos unidos a Francia no sólo en el plano cultural y en el espiritual, sino también en el científico, en el jurídico y en las costumbres. Estos vínculos están incorporados en tal forma a nuestro modo de ser, que si se rompieran se modificaría substancialmente el alma latinoamericana.